

JOAN ESTELRICH, UN PERIODISTA ENTRE EL HUMANISMO Y LA POLÍTICA

Leyendo el extenso *homenot* que Josep Pla dedica a Joan Estelrich asombra el torbellino pluridimensional del quehacer intelectual del escritor y periodista mallorquín (Felanitx, 1896 – París, 1958), principal agente cultural del político Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista de Cataluña. Es el retrato realizado por un amigo y compañero de generación, hombre también de Cambó, que le siguió de cerca a lo largo de su carrera intelectual y que pudo, por consiguiente calibrar, desde sus inicios, sus grandezas y flaquezas. Pla lo describe laborioso, esforzado, afanoso en miles de tareas, consagrado fogosamente en la gran empresa cultural de Cambó que fue la Fundació Bernat Metge, para la traducción al catalán, en edición bilingüe, de los clásicos griegos y latinos, viajero pertinaz que recalaba en los numerosos congresos de intelectuales europeos donde destacaba por su facundia y desenvoltura, que vivía hedonísticamente el nuevo humanismo del momento europeo, y aún con más entusiasmo, si cabe, la actividad política de la Sociedad de Naciones. Destaca Pla de su personaje el “temperamento de la sociabilidad”, sus dotes para la conversación, la curiosidad intelectual, el vitalismo, la jovialidad, el carácter solar; aunque advirtiendo la trascendencia de su obra, caracteriza Estelrich principalmente como intelectual: *“Antes que organizador, editor, político, diplomático, orador, propagandista, agitador, músico, humanista, viajero, diputado, etcétera, Estelrich fue un intelectual en el sentido cultural de la palabra. Todo lo que hizo, dejó de hacer o proyectó tiene una dimensión cultural. Todo lo vio a través de la dimensión cultural. Era un animal cultural, y, siendo así las cosas, es decir, estando marcado por una vocación tan clara y obvia, sería absurdo pensar que las cosas hubieran podido desviarse. Estelrich es uno de los hombres que he conocido con una disposición vocacional más clara. Dentro de la cultura, se encontraba como pez en el agua. Fuera de la cultura, se perdía, no sabía qué le pasaba”* (Pla, 1980: 502).¹ Esta faceta esencial de intelectual cultural quedó absolutamente vinculada a lo largo de la intensa vida de Estelrich a la figura de su patrono y mecenas, Francesc Cambó, y así es como concluye la semblanza: el recorrido vital de Estelrich, pondera Pla, debe contemplarse en función de la complejidad de la figura de Cambó, como “puro cambonista” (Pla, 1980: 515). Su

¹ Todas las traducciones de textos catalanes son mías.

obra estuvo invariablemente orientada al servicio de una figura, Cambó, y de un programa cultural y político: el programa patriótico del Noucentisme. No llegó jamás a cuajar en obra escrita y articulada aquella gran obra que persistentemente acarició y proyectó, sino que su propia acción fue, además, su gran obra (Amat, 2013: 14), absorbido por una “dispersión sin límites”, “trágica”, en palabras de Pla. Prueba de ello es el legado que nos deja en forma de inmenso archivo personal, el Fondo Joan Estelrich, hoy en depósito en la Biblioteca de Catalunya, constituido por más de trescientas cajas en las que se puede trazar, a través de una inmensa correspondencia con periodistas y escritores catalanes, peninsulares y europeos, centenares de recortes periodísticos, discursos, conferencias, informes, y un rimero de proyectos, algunos terminados y otros muchos esbozados, la hiperactiva tolvana del humanista que fue Joan Estelrich (Jorba, 2010).

UN INTELLECTUAL DE ACCIÓN, HUMANISTA Y EUROPEISTA

No era Estelrich un intelectual de pensamiento abstracto. Lector voraz desde la niñez, estudió el bachillerato en Menorca y pronto colaboró como periodista (tras sus primigenios pinitos en periódicos locales de la isla) en *La Veu de Mallorca* y, ya instalado en Barcelona desde el otoño de 1917, trabajó como redactor para *La Veu de Catalunya*, órgano de la Lliga, a la par que colaboraba en otras plataformas de corte novecentista, como los *Quaderns d'estudi*, dirigida por su maestro Eugeni d'Ors, con quien mantuvo una relación de discípulo crítico y del que fue distanciándose paulatinamente a medida que Estelrich tomaba posiciones bajo la tutela del político de la Lliga. Desde estos primeros años en Barcelona iba labrándose un prestigio profesional como orientador y organizador cultural de empresas destinadas a elevar el público burgués hacia las más acrisoladas esferas culturales —empezando con la dirección de la Fundació Bernat Metge ya desde sus mismos inicios en 1922. Se trataba de persuadir a la mesocracia de los beneficios de una cultura tensionada hacia el elitismo, alejándola, por ende, del señuelo demagógico de la cultura de masas. “*Si algún valor tiene la función intelectual — escribiría en La Veu— es saber elevarse cuando pasa la riada; es saber resistir la seducción demagógica, y mantenerse en una actitud coherente y permanente, por encima de las solicitudes eventuales transitorias, a fin de cuentas efímeras*” (Estelrich, 1933a). “La alta señoría del espíritu”, es decir, la elevación de la cultura del pueblo era la misión cardinal exigida por su mentor, que convertiría Estelrich

en su principal programador, para emprender un camino, “huyendo del unitarismo hispánico y del servilismo cultural”, con el fin de explorar órbitas culturales más allá de la Península, empezando por la francesa, la más próxima y fácilmente asimilable —reconociendo sin reservas el inexcusable ascendente de las modas francesas en Cataluña—, si bien abriéndose también a la inglesa, escocesa, alemana e italiana: *“si queremos avivar nuestra Idea con argumentos y elementos generales, universales, fruto de la experiencia anímica y dinámica de otros pueblos, sin renunciar a recoger el bien allí donde lo halláramos, osaríamos destacar la utilidad de profundizar en fuentes como las del idealismo germánico y sobre todo del historicismo italiano. En el corriente de pensamiento, que viene de Vico, y pasa por Cuoco y Gioberti, hallamos, con imperial amplitud latina, las más sólidas justificaciones filosóficas de nuestro movimiento, el cual, o bien es un movimiento histórico desenvolviéndose dentro del devenir, o no es nada”* (Estelrich, 1933a).² He aquí un botón de muestra de la prosa de tono programático y un tanto rimbombante que caracteriza buena parte el cometido periodístico de nuestro autor. Sus escritos en *La Veu*, desde 1917 en adelante, deben leerse dentro de los parámetros de una operación propagandística cultural, que incluye asimismo la campaña llamada de Expansión Catalana, uno de cuyos alfiles, en el ámbito peninsular y francés, fue el mismo Estelrich. Europa era su norte, y la Europa de los pueblos, en la que la pequeña pero rica y culturalmente avanzada Cataluña debía ocupar una posición privilegiada, su principal reivindicación.

Inspirándose, entre otros, en el pensador francés Maurice Blondel, Estelrich se unía a las voces de los intelectuales franceses y europeos que postulaban, discrepando tajantemente de la tesis de Julien Benda, que su lugar estaba en la arena política, en la brega periodística haciéndose eco de la tensión convulsa y palpitante de su tiempo. Fue ésta una convicción esencial del ideario novecentista, siempre atento a la intervención constructiva dentro de la sociedad civil. Lo expondría unos años más tarde en una reunión de delegados de los PEN Clubs en Buenos Aires: *“Así vemos cómo, a pesar de la condena de la “trahison des clercs”, son cada día en mayor número los intelectuales que “traicionan”, que se acercan a la política, a las cuestiones sociales, a las preocupaciones civiles. La misma “carta sobre la independencia” de Jacques Maritain viene a ser un alegato a favor de la*

² Mi traducción.

intervención. Otro francés, escritor para el gran público, André Maurois, se ha inclinado hacia la crisis actual, intentando comprender sus causas y señalando una política relativista. Como tantos otros, que resulta superfluo citar, Maurois no atina a ver cómo un hombre podría ignorar o menospreciar problemas que, según la respuesta que se les dé, transformarán su vida y la de sus allegados. Maurois desconfía del pensamiento abstracto, universal, fuera del tiempo y del espacio. No es dualista y no llega a delimitar el alma del cuerpo, lo abstracto de lo concreto, la razón de la sensibilidad. Todo ello, para él, forma compartimientos verbales, no reales. Y proclama, en consecuencia, que el hombre no es nada si no se sumerge en la materia, si no penetra en la vida cotidiana, en la política, en la sociedad” (Estelrich, 1936). Podrían aplicarse cabalmente estas palabras al mismo Estelrich. Desde su realismo humanista, encontró su clima propio en la acción, que constituía para él “un centro de perspectiva único”. La vía política activa que asumió nuestro intelectual *engagé* para servir a un ideal político, encarnado en Cambó, determinó su forma de entender el periodismo de principio a fin. La cultura, la materia cultural, se convirtió a través de sus artículos, conferencias y discursos en instrumento político, hasta el punto de que, por encargo de Cambó, dirigió, desde la oficina de propaganda del gobierno de Burgos en París (1936-39), la revista quincenal *Occident*, después de tomar partido por los sublevados (Estelrich, 2012: 190).³

En cierta medida, Estelrich había tomado de su maestro Eugeni d’Ors las riendas de la gestión cultural de la alta cultura, consiguiendo hacer de la Bernat Metge un negocio saneado. Si bien la figura de Estelrich, como intelectual orgánico del catalanismo político, creció a la sombra de Cambó, no hay que obviar que vino a

³“En breve: estamos en plena guerra civil. Hemos comentado el caso con Aguirre de Cárcer. No podemos desear ni el triunfo de los sublevados ni menos el del Govern, que implicaría el triunfo inmediato de los marxistas. Yo, como catalán, tengo que desear la victoria del Govern y como español la de los sublevados” [entrada del 20-VII-1936]. (Mi traducción). En el contexto de la propaganda, y de la específicamente orientada a denunciar la persecución religiosa, Jacques Maritain, François Mauriac y George Bernanos, entre otros, fueron blancos de sus ataques, por posiciones críticas acerca de la Guerra Civil Española, y con particular saña arremetió contra Maritain por sus opiniones vertidas en la prestigiosa *Nouvelle Revue Française* en el verano de 1937, enviando una extensa carta a la también muy leída e influyente revista *Esprit*, dirigida por Mounier, que constituye uno de los muchos documentos inéditos (30 ff. mecanografiados) que se pueden consultar hoy en el Fondo Joan Estelrich.

llenar en parte el vacío dejado por d'Ors desde que éste se trasladara a vivir a Madrid (Varela, 2016: 228). De d'Ors había recibido formación y estímulos para dedicarse profesionalmente a la ciencia de la cultura, siempre en el marco de un europeísmo profundamente compartido por ambos, como reflejan los primeros encargos periodísticos, incluyendo la divulgación de Kierkegaard para *La Revista*, o la responsabilidad que le concediera, entre 1918-1919, como secretario y redactor jefe de *Quaderns d'Estudi*, muy abierta a la recepción de influencias extranjeras. Sin duda d'Ors i Estelrich compartieron un sinfín de lecturas ensayísticas y filosóficas; adheridos ambos a la filosofía del espíritu en su versión francesa, las comentaban en el Seminario de Filosofía que dirigía el maestro y al que asistió Estelrich con regularidad, a la vez que ambos coincidían en absorber con fruición las revistas francesas de referencia y saborear obras culturales y literarias, como por ejemplo la del crítico Valery Larbaud.

Estelrich, sin embargo, vehiculó su humanismo mediterraneista para servir un programa de cuño novecentista catalanista del que Ors se mantuvo invariablemente distante. Vivió la irresoluble tensión entre cosmopolitismo y localismo mediándolo por la vía del humanismo y la actualización de los clásicos, desde un catalanismo militante que le llevó a entender el europeísmo a través del prisma de las naciones pequeñas y de la salvaguarda de las minorías dentro de Europa, entendiéndola como “tradicción cultural” transida de diversidad: *“Europa es en su interior ante todo diversidad. Y la idea europea no puede ser más que conciliación dentro de la diversidad; acomodación y respeto a la diversidad”*— afirmaba—, admitiendo seguidamente que de esta diversidad arrancaba el principal problema europeo: *“es indudable también que la organización interior de los Estados europeos entre sí es deficiente; quiérese decir, que está erizada, políticamente, de peligros, en amenaza continua de conflictos. Es evidente también que en el interior de Europa, los Pueblos, las colectividades nacionales, cuyos límites no coinciden siempre con las fronteras de los Estados, están descontentos e inquietos, con una inquietud que toma a veces y en ciertos lugares aspectos moralmente trágicos. En resumen; ante el exterior, Europa ha perdido prestigio y poder político; y en su interior, Europa está mal organizada en sus Estados y descontenta e inquieta en sus pueblos”*. Estaba convencido de que la idea europea era mucho más consciente en muchas de las pequeñas naciones que en los grandes Estados, y que las naciones conservaban, “hoy más que nunca”, sus “virtudes creativas”: *“Las*

Naciones —afirmaba— *son el elemento vital, duradero, creador, formador y continuador de la cultura europea*” (Estelrich, 1933b: 9, 13). Desde un cierto romanticismo esencialista, hallaba encarnada en la nación la cultura del espíritu (“*en la Nación reside la parte vital y afirmativa de las colectividades humanas*”) puesto que creía en el fondo que el resurgimiento de las nacionalidades favorecería la vitalidad interna europea: “*Sólo así una Europa será posible, por encima y por debajo de las fronteras estratégicas y políticas*” (Estlerich, 1933b: 14, 15). En su trayectoria posterior de periodista y publicista, ya dentro del régimen franquista, el pasado catalanista no dejó de granjearle enemigos y reticencias por parte un buen número de intelectuales, pero con el sostén de Cambó logró mantener su *modus vivendi* en el mundo de la cultura y del periodismo. Tras la desaparición física del mecenas en abril de 1947, su intenso recorrido al frente de las empresas culturales cambonianas, su extensa red de contactos, y su experiencia internacional en definitiva, lo ayudaron indudablemente a obtener una posición estable como delegado español en la UNESCO, a partir de 1951 hasta su muerte, ocurrida inesperadamente en París el 20 de junio de 1958.

LA PROYECCIÓN DE LA CUESTIÓN CATALANA

Estelrich había trabajado con ahínco, fundamentalmente durante los años de la Dictadura de Rivera, en la proyección exterior de la cultura catalana, a través de la campaña de Expansión Catalana, que aunque descollaba en su proyección más allá de los Pirineos, no cejaba en el empeño de incidir en la Península Ibérica. El esfuerzo se traduciría en una activa colaboración en *La Gaceta Literaria*, financiada por el mismo Cambó, desde la que se impulsó una magna Exposición del Libro Catalán que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Madrid en diciembre de 1927, con un generoso despliegue en la revista.⁴ Un retrato a lápiz del humanista mallorquín, con su aire escultórico y tupido cabello rizado, aparecía en la portada

⁴“Exposición del Libro Catalán en la Biblioteca Nacional”, *La Gaceta Literaria*, 1-XII-1927, núm. 23. Formaban parte del Comité organizador, por Barcelona, además de Estelrich, Rafael Vehils, Luis Bertrán y Pijoan, Jordi Rubió, Tomàs Garcés, Joan Givanel, Antoni López Llausàs. En el mismo número se publica un extenso reportaje sobre “El renacimiento de las letras catalanas y la edición”, probablemente redactado por el mismo Joan Estelrich. Su conferencia sobre “Orientaciones de la cultura catalana” se incluye en el volumen colectivo impulsado por el mismo E. Giménez Caballero, conmemorativo de la exposición, *Cataluña ante España* (Estelrich, 1930).

del monográfico. “¿Dónde termina Cataluña para empezar Castilla?”, se preguntaba Ernesto Giménez Caballero, director de la revista, en un coloquio ficticio que precedía una primera semblanza del humanista. Según el interlocutor, “un portugués se entiende más fácilmente con un catalán que con alguien de Valladolid”, siendo su lengua “muy pareja a la de los portugueses”. El que firmaba Gegé (Ernesto Giménez Caballero) resumía esquemáticamente la tesis de su amigo: “que Cataluña se distingue de Castilla en la lectura de los clásicos antiguos. Y Castilla de Cataluña, en el sentimiento de América”. Los últimos eran “atlantes”, los primeros, “mediterráneos” (Nosotros [Giménez], 1927: 1).

No era una disquisición banal; por entonces Estelrich estaba ocupado en sesudas reflexiones sobre la cuestión de las minorías nacionales. En este mismo número de la *Gaceta* retomaba la cuestión en un artículo en dos partes: “*Entre los derechos y libertades necesarios al hombre —escribía en la primera entrega— hay el de guardar sus características personales y colectivas: lengua, religión, cultura. La asimilación forzosa, es decir, la supresión por la violencia, la amenaza, el temor, etc. de estas características a favor de otras, es el procedimiento de lucha utilizado por el Estado mayoritario imperialista contra sus minorías nacionales. Estos son los términos sociales del problema. La opción por una conciencia que aspira a la libertad no es dudosa*”, y tras repasar la actividad de la Sociedad de Naciones —hacia poco, en agosto de 1926, había participado en el II Congreso de Nacionalidades en Ginebra— concluía: “*Vista la imposibilidad de constituir Estados nacionales homogéneos, era necesario pensar, para evitar nuevos irredentismos, en dar garantías a las poblaciones minoritarias que permanecían dentro de las nuevas fronteras*” (Estelrich, 1929). Al desembarco cultural catalán en *La Gaceta* respondía su director con una visita al despacho de la Vía Laietana, sede de la Bernat Metge, a “uno de los humanistas más significativos de la nueva Cataluña [...] ese gran hombre de acción e incunables que es Joan Estelrich”.

RENACIMIENTO Y HUMANISMO: VOLUNTAD DE CONTINUIDAD

Estelrich abogaba por una organización clásica de la vida, y por la dignificación de su público, por vía del clasicismo humanista, transitando del localismo pintoresco al “*sentido de concordia humana, de internacionalismo y de supremacía espiritual*”.

De ahí el concepto y el sentido de resurgimiento o renacimiento, aplicado románticamente, no exento de ribetes telúricos, tanto al individuo como a los grandes colectivos sociales. La operación clasicista se afanaba por convencer de la utilidad de los clásicos para el renacimiento humanista personal; pero igualmente engarzó este mensaje de la continuidad clásica individual al conjunto del discurso humanista europeísta, fuese en los periódicos catalanes donde colaboraba, como, más allá de su *polis*, en los extranjeros, amén de los diferentes congresos y plataformas vinculadas a asociaciones clasicistas, y a la misma Sociedad de Naciones, en los que participó activamente en la primera mitad de años treinta. El espíritu de renacimiento, así lo creía, engendraba pasión educativa (poética, moral o política) y ésta a su vez garantizaba la continuidad y la salvación de la civilización herida tras la Primera Guerra Mundial: *“La historia nos enseña con toda evidencia que todo renacimiento auténtico, si es completo, se traduce en humanismo”*, y luchando contra los peligros de la desintegración de la cultura (barbarie y decadencia), creía que el humanismo era voluntad consciente y activa de civilización: *“El humanismo es sentido de la duración, de la continuidad, de la tradición; tiene como fundamento el hombre, el respeto de toda cultura, de toda intelectualidad, de toda humanidad. Exige el conocimiento de la filología clásica, no sólo para los hombres de letras, y nuestros universitarios, sino también para nuestros ingenieros, nuestros hombres de negocios y de acción”*. He aquí resumida, de un artículo en francés, la misión a la que dedicó su vida: actualizar las humanidades y hacerlas accesibles a un público burgués con inquietudes. Según él, el método, y el resultado, del humanismo era el clasicismo, concebido ya no sólo como el instrumento para “controlar el caos” sino también, a título individual, para alcanzar un perfecto estado de armonía y equilibrio (Estelrich, 1938: 319-320).

Estelrich no se aleja nunca de su cometido como intelectual de acción, del periodista consagrado a culturizar la burguesía de su tiempo. Sus escritos y discursos, por lo general de poco calado, divulgativos y poco exigentes, apelaban claramente a una clase media con afán de instruirse en las bases de la cultura humanística: si a los lectores de *La Veu* les ensalzaba las bondades de los clásicos, entre otras cosas para seducirlos como futuros suscriptores de la Bernat Metge, a los de *Riel y Fomento*, revista oficial de los Ferrocarriles del Estado de Argentina a la que sin duda tuvo acceso por medio de Cambó, con un gran volumen de negocio en aquel país, les instruía sobre el nuevo humanismo y la revitalización del

movimiento de aproximación a los clásicos. Reconociendo este movimiento como un fenómeno enraizado en Francia, postulaba las bases psicológicas y morales del nuevo humanismo y su utilidad para la educación del hombre de hoy: *“También la herencia griega es para el político una lección práctica. Maurras regresó, treinta años ha, de su viaje a Atenas, con toda su teoría del hombre político. Ciertamente, en política la Grecia antigua nos da todas las teorías, y, prácticamente, todos los malos ejemplos”*. Trasladando el ideal clásico al retrato espiritual del futuro catalán, afirmaba en la misma revista argentina: *“En cuanto a la proporción, a la cantidad, al plasma civil, no nos atrae el genio monstruoso y colosal de los estados modernos; nos atrae, más bien, esa figura familiar, tan próxima al individuo humano, tan fácil de contemplar en una sola mirada, de los pequeños Estados griegos, hirvientes de carácter y de rostros originales. Nos seduce esa cosa viva, fuerte, dúctil, la inteligencia griega, que se dobla pero no se rompe, y nos ilusionamos por una posible Polis catalana en que floreciese, en todas las ramas —del gobierno, de la ciencia, del arte— la savia intelectual más densa y pura, y en que se acumulase por el trabajo y por el ingenio, fuerza y riqueza”* (Estelrich, 1933: 51).

En su actividad publicista a favor de la “santa continuidad”, interrumpida por las guerras, Estelrich recurría a menudo a su concepto de renacimiento para reflexionar sobre la crisis, insuflando un cierto optimismo y oponiéndose a las profecías decadentistas de Spengler. Divulgaba así, por ejemplo en la Francia de 1943, en la prestigiosa *Nouvelle Revue Française*, el *Esquema de las crisis* de su admirado José Ortega y Gasset, para recalcar finalmente en las ideas de su *Fènix o l'esperit de Renaixença* (1934), tal vez su legado más importante como intelectual de acción, y aseverar, entre otras cosas, que *“en la evolución de una cultura, los Renacimientos son los tiempos de alza, de renovación y de crítica que suceden a los períodos de baja o de decadencia”* [...] *Todo Renacimiento auténtico, decía* [y se refiere aquí al *Fènix*], *se expande en humanismo, es decir en voluntad consciente y activa de civilización —un humanismo que debe ser totalitario, es decir, comprender todos los valores esenciales”* (Estelrich, 1943).

Su vivencia del humanismo, su experiencia personal sedimentada a partir del contacto con las grandes figuras del humanismo contemporáneo y del mundo intelectual de su tiempo es lo que produjo el legado más enjundioso de su prosa periodística: los artículos publicados en el *Diario de Barcelona*, luego reunidos en *Las profecías se cumplen* (1948), donde sitúa en el complejo paisaje cultural

Europeo, marcado por las guerras mundiales y el auge de los totalitarismos, las figuras de los intelectuales que dejaron huella en él y en su generación, desde el mismo Paul Valéry, pasando por Nikolai Berdiáyev, André Gide, Jon Huizinga, Hermann Keyserling, Aldous Huxley, H. G. Wells, G. B. Shaw, entre otros, para culminar con el plan paneuropeo de Coudenhove-Kalergi. Se trata de una aproximación cercana, personal, directa, que revela a los hombres ocultos tras la máscara intelectual, dialogando desacomplejadamente con su interlocutor. Veamos por ejemplo cómo veía a Paul Valéry, trabajando en su despacho sin calefacción, en un día de invierno, en los tristes años de la ocupación alemana —cuando Estelrich aún se hallaba en París, precisamente organizando una magna exposición en la Bibliothèque Nationale en conmemoración del cuarto centenario de la muerte del humanista valenciano Juan Luis Vives: *“Nos veíamos entre diez y doce, acabada su tarea. No faltaban temas, constantemente tristes; ni anécdotas, regularmente acerbas; ni “potins” de duquesas, ministros, gente de pluma, colaboracionistas o resistentes; ni ironías, por ejemplo, sobre la censura del ocupante, el cual se preguntaba con recelo por qué Valéry había titulado su último libro, a punto de publicar, Mauvaises pensées et autres. ¿Por qué diablo “mauvaises”? Recordábamos los viajes, los congresos, nuestra tierra, nuestro Mediterráneo, nuestros amigos comunes, dispersos, lejanísimos, encerrados en otros mundos”, y subrayaba más adelante la actitud del intelectual y su circunstancia, con la que se identificaba profundamente: “Era, desde luego, una actitud sin ilusiones. Ya, al final de la primera gran guerra, hubo de denunciar, con asombro de la confianza ambiente, el abismo que nos esperaba. Formulaba la denuncia sin aspavientos y sin preconizar soluciones salvadoras; parecía aceptar la catástrofe como algo natural, como la muerte propia o el anuncio de un fenómeno cósmico inevitable. Evidentemente, ni se desolidarizaba del destino común, ni se sentía indiferente; pero en su actitud, no se notaba asomo de angustia, ni menos la necesidad de un puente que franquease la sima: la exigencia de una certidumbre esperanzadora”* (Estelrich, 1948: 134-136). Son retratos esbozados desde la vivencia más estrictamente personal, que ahondan en el hombre en su circunstancia, y en los que tomando siempre la cultura como centro de la actividad y de la vida misma, Estelrich proyecta toda su dimensión humana e intelectual. Lo podemos comprobar, por ejemplo, en el último párrafo del capítulo dedicado a André Gide: *“Su anomalía no es tanto, puesto que pudo convertirse en moda y snobismo; disimularla sería estúpido, cuando él mismo la sitúa en el centro de*

su personalidad. Su egocentrismo, su aislamiento voluntario, su desarraigo, su táctica de la concentración y de la dispersión, sus apropiaciones del instante, sus evasiones, su fugacidad e inconstancia, su abandono de la lucha, su sentido del deber centrado en las revelaciones de sí mismo, en fin, su concepción entera de la vida, corresponden a un tipo de hombre muy significativo dentro de nuestra civilización, buena o mala (no la juzgo ahora) Estos caracteres explican sus formidables dotes de artista y poeta; sus anhelos de clasicismo; sus preocupaciones ante el pecado, el crimen y la justicia, en otras palabras, su trágico moral; y su convicción de que, a fin de cuentas, esa felicidad tan suspirada, consistente en la sensación de plenitud, sólo puede conseguirse por medio del sufrimiento. En lo que le acompaña el sentimiento cristiano y no pocos filósofos de nuestra época: Keyserling, por ejemplo” (Estelrich, 1948: 155). He aquí una verdadera síntesis de su actitud vital, de sus referentes humanísticos y filosóficos, casi en clave de alter-ego.

CONCLUSIONES

Tras la Segunda Guerra Mundial, los ideales clasicista, humanistas, y paneuropeístas, que habían podido resultar atractivos para un cierto público aburguesado en los años treinta, habían envejecido sin remisión. Es precisamente esto lo que le retraía a Estelrich Josep Pla, su compañero de profesión y de generación, y avalador entusiasta de la Bernat Metge desde sus inicios, en un duro y demoledor artículo publicado en *Destino* el 4 de octubre de 1947, que aparentemente arremetía contra los pesimistas, pero que según Xavier Pla, clavaba su aguijón directamente contra Estelrich (X. Pla, 2015). La vía del viejo y nostálgico humanismo, apocalíptico, ya no podía encajar en una Europa que había pasado por una segunda conflagración mundial, más de sesenta millones de muertos, un holocausto, que entraba en la guerra fría, y que se abría a los nuevos aires americanos, que iban a determinar los nuevos caminos de la cultura a partir de entonces. En esta Europa ya no se podían revivir o reivindicar los modelos de alta cultura de entreguerras. Había que abandonar "cualquier actitud basada con el diletantismo" (X. Pla, 2015: 293). A pesar de todo, Pla acabó congraciándose con él con un espléndido *homenot* que saca a relucir al humanista con todos sus claroscuros. La vida de Estelrich transcurrió sumergida entre libros. La memoria cultural y periodística de un tiempo subsistirá en sus pocos libros plenamente

acabados, más paráfrasis de textos ajenos que no creación propia, como reconocía abiertamente en su obra ensayística más destacada, *Entre la vida i els llibres* (1926: 15). Se trata de un volumen que recopilaba artículos diversos sobre Leopardi, Maragall, Kierkegaard, Charloun Rieu, Joseph Conrad o Jules Romains, escritores europeos a los que leería desde una edad temprana y que divulgaría con voluntad pedagógica al público de periódicos y de revistas de alta cultura. No es extraño que en un bello opúsculo de 1936, *El libro y su emoción*, reconociera su deuda, casi en forma de plagio, a Valery Larbaud, divulgador de Joyce en Francia y uno de los mediadores de la literatura europea más destacados, autor de *Ce vice impuni, la lecture* (1925). Será probablemente esta faceta de divulgador literario, a través de sus ensayos, que incluyen también admirables prólogos (a la obra de Maragall, de Thomas Mann, o de Berdiáev, entre otros) la que sobrevivirá al personaje. En cierto modo, la vida de Estelrich es un homenaje a la lectura y a la cultura literaria transmitida en periódicos y revistas, desde un tiempo en que, al decir de Stefan Zweig "la palabra escrita tenía autoridad", degradada y echada a perder durante las entreguerras por la mentira organizada de la propaganda (Zweig, **:*)**). Trabajando siempre al servicio de un político, fue Estelrich parte y víctima de la misma propaganda dirigida desde una óptica conservadora del orden, que desnaturalizó los ideales humanísticos vividos con fervor desde su juventud, y en los que nunca dejó de creer.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAT, Jordi. "El cuaderno bis [Joan Estelrich, *Dietaris*]", *Cultura/s (La Vanguardia)*, 23-I-2013, pp. 14-15.
- ESTELRICH, Joan. *Entre la vida i els llibres*, con prólogo de Isabel Graña, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1996.
- ESTELRICH, Joan. "La cuestión de las minorías nacionales", *La Gaceta Literaria*, 1-VIII-1929, núm. 63, p. 4; "La cuestión de las minorías nacionales" (cont.), 15-VIII-1929, núm. 64, p. 2.
- ESTELRICH, Juan. "Orientaciones de la cultura catalana", en *Cataluña ante España*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1930, pp. 179-198.
- ESTELRICH, Joan. "El nuevo humanismo", *Riel y Fomento*, I-1932, X, núm. 122, pp. 18-19, 50-51.
- ESTELRICH, Joan. "Per la llibertat intel·lectual", *La Veu de Catalunya*, 23-II-1933a.
- ESTELRICH, Joan. "Algunas reflexiones sobre el tema europeo", en *Atti del II Convegno della "Fondazione Alessandro Volta"* [Tema: L'Europa], Roma, 14-20-XI-1932, Reale Accademia d'Italia, XI-1933b.

- ESTELRICH, Joan. “Sobre el pensamiento y la acción”, *La Nación* [Buenos Aires], 26-X-1936.
- ESTELRICH, Joan. “Le Schéma des Crises”. *Nouvelle Revue Française*, abril, pp. 385-404 y mayo, pp. 565-574.
- ESTELRICH, J. *Las profecías se cumplen*, Barcelona, Montaner y Simón, 1948.
- ESTELRICH, Joan. “Renaissance et Humanisme”, en *Aujourd’hui*, 15-VI-1938, núm. 7, pp. 315-321.
- ESTELRICH, Joan. *Dietaris*, ed. Manuel Jorba, Barcelona, Quaderns Crema, 2012.
- JORBA, Manuel. “Un arxiu per a unes memòries: el fons Joan Estelrich de la Biblioteca de Catalunya”, en *Actes de les Jornades d’estudi sobre Joan Estelrich. Palma-Felanitx, 17, 18 i 24 d’octubre de 2018*, Consell Insular de Mallorca – Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2010, pp. 155- 183.
- NOSOTROS [Ernesto Giménez Caballero]. “El humanista de la Vía Laietana” [Relieves peninsulares], 15-II-1927, pp. 1-2.
- PLA, Josep. “Joan Estelrich o la dispersió (1896-1958)”, en *Homenots. Primera sèrie* (Obra Completa, XI), Barcelona, Destino, 1980, pp. 475-516.
- PLA, Xavier. “Sobre la Paneuropa, les profecies i elspessimistes. Josep Pla i Joan Estelrich: últim episodi”, en *El món d’ahir de Joan Estelrich. Dietaris, cultura i acció política*, ed. Xavier Pla, València, Publicacions de la Universitat de València, 2015, pp. 277-304.
- VARELA, Javier. *Eugenio d’Ors: 1881-1954*, Barcelona, RBA, 2017.
- ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer...*